

*No hay mayor pena
que la pérdida de la
propia tierra*

Eurípides

Palestinos, añoranza de la tierra

» Texto: IGNACIO ÁLVAREZ-OSSORIO*
Fotos: IGNACIO ÁLVAREZ-OSSORIO y CORBIS



Palestinos realizando la tarea de recoger leña para el fuego.

El problema de los refugiados palestinos nació en 1948. Como consecuencia de la primera guerra árabe-israelí, al menos 750.000 palestinos abandonaron sus hogares¹. La mayoría de los refugiados se vieron obligados a establecerse en los países árabes vecinos —Líbano, Siria y Jordania—, aunque también hubo quienes optaron por marchar a Cisjordania y Gaza. En la actualidad, los refugiados suman más de la mitad del pueblo palestino —un total de cuatro millones de personas— distribuidos entre Líbano (400.000), Siria (425.000), Jordania (1.650.000), Cisjordania (687.000) y Gaza (961.000)².

Pese a que la resolución 194 de la Asamblea General de Naciones Unidas reclamó que estos refugiados recibiesen compensaciones por las pérdidas sufridas y retornasen a sus hogares, Israel rechazó de plano esta eventualidad. Hoy en día, muchos de ellos continúan viviendo en los campamentos administrados por la Agencia de Naciones Unidas para el Socorro de los Refugiados (UNRWA, en sus siglas inglesas), institución creada en 1949 con el objeto de asistir a los refugiados y prestarles ayuda humanitaria. En 1991, tras la apertura del proceso de paz árabe-israelí en Madrid, la cuestión de los refugiados recobró cierto protagonismo, aunque pronto se puso de manifiesto que sería el principal escollo para alcanzar un acuerdo definitivo.

Fue entonces cuando varias instituciones académicas incidieron en la necesidad de recuperar la memoria histórica de este importante segmento de la población palestina y, en particular, de aquellos que vivieron los

acontecimientos de 1948. La progresiva desaparición de quienes sufrieron en sus propias carnes la *nakba* (la catástrofe, en árabe) llevó a varios centros investigadores a realizar un esfuerzo para salvar del olvido sus experiencias. Estos testimonios son de radical importancia, ya que nos permiten conocer cómo fue la vida palestina en las décadas de los treinta y los cuarenta del siglo XX. Además se da la circunstancia de que esta generación de la *nakba* no tardará mucho en desaparecer, ya que representa menos del 10% del total de la población refugiada.

La mayor parte de los testimonios recogidos en este artículo nos muestran que la sociedad palestina de aquel entonces era eminentemente rural. Pocos varones tuvieron la oportunidad de realizar sus estudios de secundaria

y muchos confirman que las labores agrícolas absorbían la mayor parte de su tiempo. Como advierte con agudeza Bassma Kodmani-Darwish en su libro *La diaspora palestinienne*, “*la aldea representaba el marco natural de su organización económica y social [...] y, en muchos casos, su evocación de la tierra se limita a una referencia al lugar de procedencia más que a un país en su conjunto*”³.

Los refugiados en Líbano

Al intentar explicar qué es un campamento de refugiados, Hana Jaber, investigadora del *Centre d'Études et de Recherches sur le Moyen-Orient Contemporain*, considera que son “*lugares de historias plurales, cuyas constantes y variables, continuidades y rupturas reflejan, a distintas escalas y con dis-*



© Underwood & Underwood/CORBIS

Como consecuencia de la primera guerra árabe-israelí, 750.000
palestinos abandonaron sus hogares



Labores agrícolas en los territorios ocupados.

© Sophie IbazSzymal/CORBIS

tintas cadencias, los avatares de la historia palestina forjada en lances nacionales, regionales e internacionales, y también expresan grados de interacción muy diversos, tanto en el interior de los campamentos como con las sociedades de los países de acogida”⁴.

La historia de los refugiados palestinos y la de los países árabes que los acogen queda entrelazada de tal manera que es prácticamente imposible disociarlas. A este respecto, cabría preguntarse cuál hubiera sido la evolución de Oriente Próximo en este último medio siglo sin la intervención de la diáspora palestina. Su presencia en Líbano se remonta a 1948 cuando llegaron diversas oleadas de refugiados de la zona de Galilea, aunque años antes ya se habían establecido algunos centenares de familias pudientes que, ante la inestabilidad

existente en Palestina, habían fijado su residencia en territorio libanés a la espera de que las agitadas aguas retornasen a su cauce.

El hecho de que nos centremos en los refugiados palestinos en Líbano no es ni mucho menos casual. Como destaca Kodmani-Darwish, *“en Líbano viven ‘los mendigos’ del pueblo en el exilio, la anti-diáspora por excelencia, aquellos que no tienen ninguna prisa por su presente, por no hablar de su porvenir. Golpeados, desplazados en varias ocasiones, no han podido acumular riquezas, ni estatuto social, ni tampoco una formación que les permita mejorar su situación [...] Su pasado en Líbano es trágico, su presente es difícil y su futuro es incierto”*⁵. Esta incertidumbre responde a la doble amenaza que se cierne sobre sus cabezas cual espada de Da-

mocles. Por una parte, Israel impide el retorno de los refugiados por considerar que pondrían en peligro la propia existencia del Estado judío; por otra parte, Líbano se niega a naturalizarlos al interpretar que romperían el frágil equilibrio confesional del país.

El primer censo elaborado por la UNRWA en Líbano data de 1950 y recogía a 127.000 refugiados, pero desde entonces su número se ha triplicado. En 2005 superan los 400.000, de los que 256.000 residen en alguno de los doce campamentos del país. Los refugiados inscritos en esta agencia de las Naciones Unidas disponen de documentos de viajes, pero quienes llegaron en los años posteriores procedentes de otros países sólo tienen derecho a cartas de residencia, que deben renovarse anualmente para evitar que el Departamento para

La historia de los refugiados palestinos *y la de los países árabes que los acogen quedan entrelazadas de forma que es imposible disociarlas*

la Seguridad General y los Asuntos de los Refugiados les elimine de sus registros (como ha ocurrido en más de 25.000 casos entre 1985 y 1995).

En un principio, los refugiados fueron asentados en el sur, aunque pronto fueron distribuidos por el resto del país. Es probable que en esta decisión pesase la necesidad de evitar la concentración de los refugiados en una determinada zona; todo ello, con el objeto de prevenir el colapso del sistema político libanés, basado en el equilibrio entre las comunidades cristiana (maronitas, protestantes, griegos ortodoxos, católicos y maliquíes) y musulmana (sunnitas, chiítas y drusos). La llegada de decenas de miles de refugiados de confesión musulmana fue percibida como una amenaza que podría quebrar este heterogéneo mosaico doctrinal, no así la presencia de unas 3.000 familias de refugiados cristianos que fueron inmediatamente naturalizadas.

La mayor parte de refugiados vagó de un lugar a otro antes de fijar su residencia definitiva. Los sentimientos entremezclados de indiferencia, hostilidad o simpatía de las décadas de los cincuenta y los sesenta, desembocaron en los setenta, coincidiendo con la entrada de la Organización para la Liberación de Palestina en Líbano, en una fuerte polarización entre los partidarios y adversarios de los palestinos. Tras el estallido de la guerra civil en 1975, las tensiones aumentaron y los refugiados pagaron las cuentas con la destrucción parcial o total de los campamentos de Mie Mie (Saida), Rashidiyye (Tiro), Tal Za tar y Shatila (Beirut). Se calcula



© Ken Paul/CORBIS



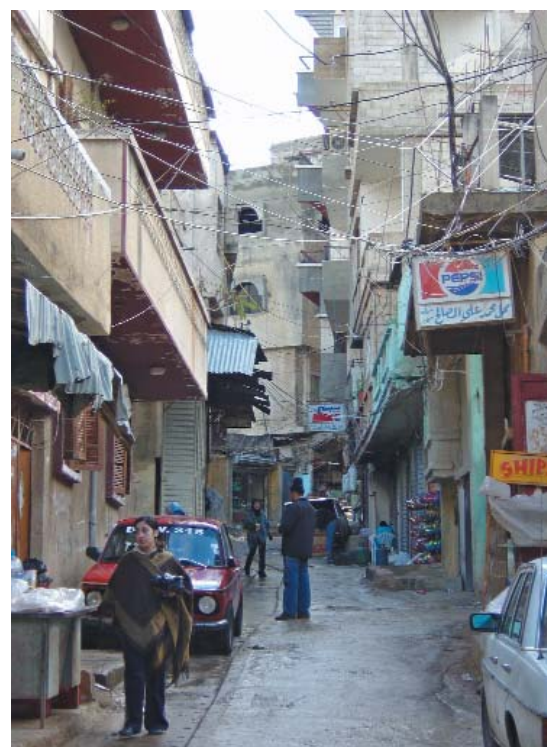
Niños sonríen a la cámara del autor de este reportaje en Líbano.



Los problemas de sequía y abastecimiento de agua se evidencian en Jericó. Abajo, trasiego diario en al-Baddawi.

refugiados vivía en 1996 bajo el umbral de la pobreza.

En la actualidad, los refugiados dependen de la economía informal: braceros en la época de recolección o peones en el proceso de reconstrucción. O lo que es lo mismo: mano de obra barata en un mercado negro en el que obtienen salarios por debajo de los libaneses. Otro fenómeno ha sido el crecimiento de “la economía de los campamentos” destinada a satisfacer las necesidades de la propia población refugiada. En esta coyuntura, la UNRWA juega un papel de extraordinaria relevancia pues emplea a una parte significativa de los refugiados —más de un 5%—, aunque la crisis financiera en la que se encuentra inmersa le ha obligado a reducir de manera drástica sus ayudas.



que la confrontación dejó a 32.000 palestinos sin hogar.

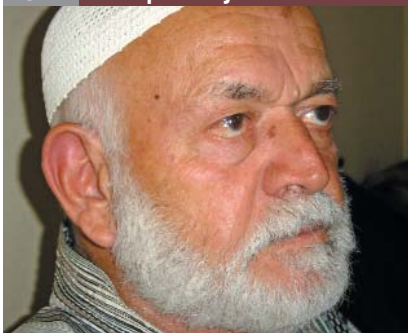
Tras los Acuerdos de Taef en 1989, la clase política libanesa llegó a la conclusión de que la amplia presencia palestina (un 11% del total de la población) podría volver a desestabilizar el país, por lo que se acordaron un conjunto de medidas encaminadas a reducir su número. En opinión de Jesús A. Núñez y Julieta Espín, “*la práctica totalidad de las fuerzas políticas libanesas han hecho todo lo posible por impedir cualquier asomo de asimilación de la población palestina refugiada, restringiendo sus derechos y libertades y sometiéndolos, en la práctica, a condiciones de extrema marginación*”⁶. Quizás la más llamativa de todas estas medidas fuese la prohibición de ejercer 73 profesiones (abogado, médico, ingeniero, electricista, fontanero, conductor, sastre o peluquero). Como resultado de esta política, el 80% de los

La memoria recuperada

Como señaláramos antes, cada año que pasa se hace más imperioso rescatar del olvido la memoria de la generación de la *nakba*. El hecho de que la mayor parte de estas entrevistas se hayan realizado medio siglo después de los acontecimientos no debería restar su valor como documento histórico, pues nos ofrecen la oportunidad de descubrir la fuerte ligazón que aún sigue existiendo entre pasado y presente.

Aunque mucho ha cambiado en el mundo árabe en este medio siglo, la vida de estos refugiados sigue en cierta manera detenida en el tiempo. Como en una de aquellas ciudades invisibles que en su día imaginara Italo Calvino, parece que los campa-

Los refugiados dependen de la economía informal: *braceros en época de recolección o peones en el proceso de reconstrucción*



De arriba a abajo, Abu Hisham Layla, Umm Nazzam, Husayn Abu 'Ayyash, Ibrahim Ahmad al-Mawlud y, por último, In 'ama Sulayman.

A la derecha, chicas aprendiendo bordado en un campo de refugiados palestino financiado por las Naciones Unidas.



mentos no forman parte de este mundo. Como si flotasen en el aire o estuviesen suspendidos en el vacío, se resisten a echar raíces; quizás esperan que un soplo de viento les sacuda de su letargo y les devuelva, por arte de magia, a la tierra que les vio nacer.

Mahmud Hasan Layla

Mahmud Hasan Layla nació en 1932 y llegó con su familia a Líbano en julio de 1948 después de haber recorrido a pie los ochenta kilómetros que les separaban de la frontera. Mahmud procede de Saffuri, localidad de la Baja Galilea a medio camino entre Haifa y Tiberiades. Dicha localidad era mayoritariamente musulmana, aunque también cobijaba una importante comunidad cristiana, ya que estaba a siete kilómetros de Nazaret: *“De hecho, muchos de sus habitantes se refugiaron en uno de sus barrios llamado al-Rum”*.

Ahora vive en Nahr al-Bared, campamento al norte de Trípoli que cuenta con unos 30.000 refugiados. Evocando su periplo, cuenta: *“Nuestro primer refugio fue un antiguo barracón francés en el valle de la Bekaa donde fuimos alojados por las autoridades libanesas. No disponíamos de agua ni electricidad y vivíamos hacinados, ya que cada barracón albergaba a veinte familias únicamente separadas por unos trapos. Para alumbrarnos utilizábamos latas con aceite que formaban mucho humo y hacían irrespirable el aire”*. Más tarde, la UNRWA empezó a *“proporcionar a cada familia harina, azúcar, arroz, legumbres, conservas y aceite”*.



© Owen Frankeny/CORBIS

Extraña sobre todo la fertilidad de sus tierras: *“A tres kilómetros de distancia de Saffuri había una fuente que regaba los huertos del pueblo, conocidos por sus coliflores, sus gringueles, sus coles y, sobre todo, por sus granadas. Incluso los judíos de las colonias vecinas venían a comprarlas al pueblo”*. Recuerda también que *“existían varias almazaras, algunas tradicionales que requerían el trabajo de una acémila para girar su rueda y otras modernas que funcionaban a motor”*. El tiempo transcurrido desde entonces

Mahmud Hasan Layla llegó a Líbano en julio de 1948 después de recorrer a pie los 80 kilómetros que le separaban de la frontera



lleva a Mahmud a idealizar aquellos días: “Algunos de los olivos centenarios tenían un diámetro de dos metros y, para recoger sus olivas, se requería el trabajo de diez jornaleros durante todo un día. El aceite se empleaba para cocinar, pero también para fabricar un jabón que se vendía en los pueblos vecinos y en la propia Nazaret”.

De las fiestas populares recuerda, sobre todo, el recibimiento a los peregrinos que regresaban de La Meca. Mahmud dice que “el hajj resultaba complejo y costoso: mi padre lo hizo

en 1942 y le llevó más de tres meses. Primero viajó en autobús hasta la ciudad costera de Haifa, tomó el ferrocarril hasta Rafah y, una vez allí, cruzó el canal de Suez en barco de vapor hasta Yedda; a La Meca llegó a lomos de camello. A su retorno cumplió con la obligación de visitar la mezquita del Aqsa en Jerusalén”.

Husayn Abu Ayyash

En algunos pueblos palestinos cercanos a Líbano, el concepto de frontera

era más físico que mental puesto que el surgimiento de Estados-nación y la consiguiente delimitación de fronteras en Oriente Próximo era un fenómeno relativamente reciente. La frontera era más puente que obstáculo y los palestinos mantenían estrechos vínculos con sus vecinos libaneses. No nos ha de extrañar pues que muchos refugiados considerasen a “*Líbano un refugio momentáneo en zona segura*”⁷.

En los primeros meses, la posibilidad del retorno (*al-'awda*, en árabe) era algo más que una quimera para muchos de los refugiados. Como nos afirma In`ama Sulayman del campamento de al-Baddawi: “*Cada mañana preguntábamos cuando podríamos regresar a nuestro hogares*”. De hecho, algunos de los entrevistados, como Ibrahim Ahmad Mawlut del campamento de Burj al-Shimali, confesaron haber cruzado la frontera en diferentes ocasiones durante los primeros meses, bien para ver a la familia que permaneció sobre el territorio, bien para asistir a alguna celebración.

Husayn Abu Ayyash nació en 1921 en la localidad de Ilut, a unos seis kilómetros de Nazaret, “*la ciudad del Mesías a la que estaba unida por carretera*”. En la actualidad, reside en al-Bas, a las afueras de Tiro, campamento que cuenta con 9.000 refugiados. El anciano recuerda que “*se encontraba en una zona muy fértil llamada Marj al-Amr. Al oeste del pueblo había dos asentamientos habitados por colonos alemanes que solían emplearnos como braceros*”. Para Husayn la relación con los judíos era buena: “*Recuerdo que una vez entramos en el asentamiento judío hambrientos. Les pedimos un pedazo de paz y algo de comer, pero en el horno no nos lo quisieron vender porque decían que pertenecía a la comunidad. Aún así, el panadero nos honró invitándonos a comer a su propia casa*”. Cuando es-

La posibilidad del retorno (*al-'awda*, en árabe) *era algo más que una quimera para muchos de los refugiados*

En los días claros de invierno se pueden contemplar desde Nahr al-Bared las cercanas montañas nevadas que traen un viento helado

talló la Segunda Guerra Mundial, “las autoridades coloniales británicas prohibieron a los judíos de origen alemán abandonar los asentamientos que rodearon con alambradas. Entonces fuimos los árabes los que tuvimos que hacer su trabajo: sembrar los campos, pastar a las vacas y recoger las cosechas”. Recuerda también Husayn que los vecinos de Ilut no tenían problemas para entrar en este asentamiento, aunque la relación se enturbió en 1947 tras la aprobación del Plan de Partición de Palestina.

Umm Sabri Farji

En los días claros de invierno se pueden contemplar desde Nahr al-Bared los contornos de las cercanas montañas nevadas que traen un viento helado. Umm Sabri Farji nació en 1922 en Jalsa, una pequeña localidad de la Alta Galilea. Como el anterior entrevistado, se detiene en los estrechos vínculos entre los dos lados de la

frontera: “Era frecuente que quienes terminaban sus estudios en los pueblos de la zona fueran a las universidades de Beirut o Trípoli. En realidad, existían muchas relaciones entre la Alta Galilea y la zona de Marj al-Zuhur”.

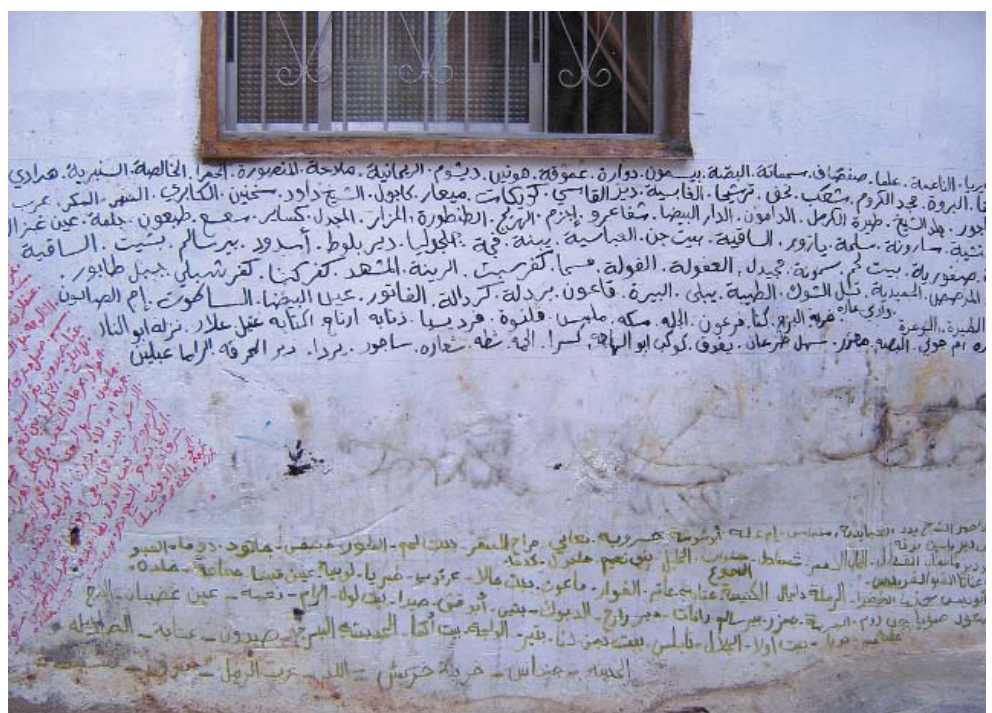
Al preguntarle por su infancia, afirma: “Teníamos la mejor de las vidas y la mejor de las tierras que nos daba albaricoques, granadas, higos, cerezas, plátanos, olivas y trigo... La gente vivía cien o ciento veinte años: no nos faltaba de nada. Aquello sí que era vida y no la de ahora”. Esta idea de Palestina como Edén terrenal es recurrente: “Teníamos abundante agua, gracias a Dios. No nos hacía falta abrir pozos, porque el agua descendía directamente desde las montañas por el río Hasbani. En Jalsa había una fuente llamada la fuente del Oro que remontaba su antigüedad a la época del califa Ali. Según se cuenta, su ejército estaba sediento cuando llegó a Jalsa; entonces los soldados clavaron sus espadas en el suelo y el agua

brotó a raudales. Como el agua salía limpia y cristalina la llamaron fuente del Oro. Los aldeanos solíamos ir allí y sentarnos a tomar el té por las tardes. En los huertos cercanos había todo tipo de árboles frutales: albaricoques, membrillos, manzanos, granados, ciruelos... Desde Haifa se traían naranjos que plantábamos en nuestras tierras. En nuestra casa teníamos una parra que daba uvas del tamaño del pezón de una cabra. Nadie vendía ni compraba frutas, porque las puertas de las casas siempre estaban abiertas para quien quisiera”.

Sumaya Ahmad Ismail

Shatila sigue en pie a pesar de haber sido asediada y destruida en varias ocasiones, aunque no es considerada por la UNRWA un campamento oficial. Quien se adentra por el laberinto de sus callejones advierte sin dificultad su estado de abandono. Allí a dónde se mira se ven viviendas de-

A la derecha, bandera palestina pintada en una pared. En la página siguiente, fragmento de un mosaico en el territorio de Palestina que muestra el delta del Nilo durante la época de inundación.





© Sandro Vannini/CORBIS

rruidas, montones de basura acumulada, redes de alcantarillado al descubierto y una maraña de cables tendidos entre los edificios. Pero la vida sigue en Shatila: el bullicioso mercado ofrece sus mercancías y los niños juegan felices por sus calles sin asfaltar.

En una pequeña habitación húmeda y oscura vive Sumaya Ahmad Ismail Umm Nazzam. Fuma mientras habla y tiene el rostro curtido por el sufrimiento, su mirada se pierde en las nubes de humo intentando encontrar respuesta a los enigmas de la existencia. Es originaria de al-Kabri, pueblo cercano a la frontera libanesa, donde nació en 1937. Cuando huyó de Palestina sólo contaba once años, aunque tiene el momento grabado en su cabeza: “Cuando atravesamos la frontera libanesa pasamos siete días viviendo bajo los olivares sin ningún

tipo de ayuda. Después vino la Cruz Roja y plantó varias tiendas cerca de Tiro donde vivimos durante seis meses. Yo era la encargada de recoger el agua para lo que tenía que recorrer varios kilómetros”.

De allí empezó un largo periplo que terminaría en Shatila: “Primero nos llevaron a Anjar [en la frontera libanesa-siria], donde el invierno era muy crudo y la nieve superaba los dos metros de altura. Después fuimos a Nahr al-Bared, pero no había trabajo ni teníamos a nadie que nos ayudara. Mi padre estuvo en el paro y tuvimos que vender los pocos objetos de valor que nos quedaban. En 1953 fuimos a Beirut en busca de una vida mejor. Por aquel entonces, ya me había casado y nos establecimos en Tal Za`tar, pero el campamento fue destruido durante la guerra civil y no nos quedó más remedio que marcharnos a Shati-

la, donde padecimos las masacres de 1982 y la guerra de los campamentos de 1985 que lo destruyeron completamente”.

Cuando se le pregunta si tiene alguna esperanza de que algún día se resuelva el problema de los refugiados, Umm Nazzam responde con rotundidad: “En los primeros meses no dejábamos de pensar ni un minuto en la posibilidad del retorno, pero cada año estábamos más lejos de nuestros hogares. Ahora ya no sueño. Que Dios me perdone, pero no puedo soñar nada”.

*IGNACIO ÁLVAREZ-OSSORIO

es arabista de la Universidad de Alicante. Coautor de ‘¿Por qué ha fracasado la paz?’ (Madrid, 2005) y editor del ‘Informe del conflicto de Palestina. De los Acuerdos de Oslo a la Hoja de Ruta’ (Madrid, 2003).

1. Un libro imprescindible para comprender el nacimiento del problema de los refugiados es del historiador israelí Benny MORRIS, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem, 1947-1949*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.
2. http://www.un.org/unrwa/publications/pdf/rr_countryandarea.pdf
3. Bassma KODMANI-DARWISH, *La diáspora palestiniense*, París, Presses Universitaires de France, 1997, pp. 88-89.
4. Hana JABER, “Economía y sociedad: ¿qué es un campamento de refugiados?” en Farouk MARDAM-BEY y Elias SANBAR (eds.), *El derecho al retorno. El problema de los refugiados palestinos*, Madrid, Ediciones del Oriente y el Mediterráneo, 2004, p. 235.
5. KODMANI-DARWISH, *op. cit.*, p. 67.
6. Jesús A. NÚÑEZ y Julieta ESPÍN, *Una visión actual de los refugiados palestinos en Oriente Medio*, Madrid, Rescate, 2005, p. 64.
7. KODMANI-DARWISH, *op. cit.*, p. 71.